

vés del embajador Meyendorff, entrará también su obra y será estimada. En Francia y en Italia se le traducirá, discutirá y comentará, e incluso en los países de lengua inglesa. En vida, parece haber sido extremadamente apreciado en todas partes, tanto intelectual como personalmente. Se apreciaba sobre todo en él, por una parte, el pensador católico y contrarrevolucionario, y por otra, al gran orador y escritor. Su amistad personal en los mejores círculos de la inteligencia francesa, alemana, italiana o española de la época, se extendía también a personas de las que le separaban profundas discrepancias ideológicas. Al lado de esta estimación positiva que nunca le fué negada (es sin duda el español del siglo XIX que ha alcanzado más estimación fuera de su país.), surgieron contradicciones y discusiones muy fuertes. Se le acusaba de maniqueísmo, por parte de los católicos liberales franceses e italianos; de forzar excesivamente el material histórico en beneficio de sus tesis —en este sentido la acusación parece muy justificada— y de excesivo pesimismo (no hablamos de la curiosa disputa sobre el paganismo en la educación, a propósito del abate Gaume, por ser de poca importancia). Esta misma polémica demuestra el valor y relieve que llegó a tener su figura.

Después de su muerte, fué apagándose su fama excepto en los medios más tenaces del tradicionalismo francés y español, e incluso un Menéndez Pelayo o un Cánovas, aun reconociendo en gran parte su valor, parecen acentuar más bien sus dimensiones negativas. Menéndez Pelayo le acusa sobre todo de afrancesamiento en las ideas, aun valorando altamente su estilo y su personalidad. Cánovas, estimando muy finamente la continuidad de su pensamiento, resalta su excesivo esquematismo. En esa época, fuera de España no parecen preocuparse mucho de él.

En cambio, la primera interguerra produce una floración de estudios donosianos, no sólo en España, sino también en Alemania e Italia, muy interesante, y el hecho de que el máximo teórico político de esos años, Carl Schmitt, se ocupe de él con entusiasmo, es interesante. En tres dimensiones se asienta la fama de Donoso en esta época: su catolicismo, su pesimismo apocalíptico (particularmente su atención al peligro ruso) y su decisionismo. En el primer sentido, son, sobre todo, los medios católicos españoles e italianos quienes más le estudian (D'on Sauvirents); en el segundo y tercero, los alemanes, y más tarde, los españoles de cuño falangista. Es interesante que mientras en el pensamiento español y europeo posterior a él no haya nada valioso en su línea en la época que va desde su muerte hasta la interguerra, en ésta se le valore, no como un gran maestro del lenguaje, por ejemplo, o como un gran pensador situado a distancia en la Historia, sino como figura de valor actual. Sin duda se debe esto a la conciencia de catástrofe común a Donoso y a los hombres de la interguerra, o a la realidad de ciertos peligros, como el comunismo o el imperialismo ruso, que han vuelto a ser plenamente actuales en nuestro tiempo. Más recientemente, a la más aguda estimación del liberalismo doctrinario.

Y aquí viene bien tratar del valor actual de Donoso.

IV.—EL VALOR DE DONOSO

Tenemos ante todo que rechazar dos tópicos usuales: el del profetismo y el de la consideración unilateral de Donoso, sea como legitimista, sea como decisionista, y asimismo la corriente estimación —que creemos que el libro de Díez del Corral debe haber anulado— de que sólo es valiosa la última época de su producción.

Sobre el segundo y tercero de estos pun-